

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO, mes. . . . 8 rs.

Trim. stre. . . . 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre. . . . 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO, UN REAL.

EL ECO

DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

Y CARTAGENA ILUSTRADA.

Trimestre. . . . 28 rs.

Fuera id. . . . 34.

NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs.

Puntos de suscripcion

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Sábado 14 de Marzo

El Eco de Cartagena.

LA DEMOCRACIA Y EL CRISTIANISMO.

No hay para que ocultarlo: la humanidad no ha alcanzado todavía el puerto del reposo: es una nave que estendido al aire todo su velage, corre vacilante sobre las olas que bramán de furor al estrellarse contra ellas. El colmo de la miseria es que los patronos que la suelen dirigir, creen oír en lo profundo del mar la voz de un augurio que clama: «el mundo se ha salvado.» Miserables!..... levantad los ojos al cielo y vereis grupos de ensangrentadas nubes que vienen preñadas de viento y tempestad á anunciar una noche de tormentas: mirad á vuestro alrededor y vereis flotando sobre las olas los últimos restos de las naves que nos precedieron. Mirad la orilla vecina, y ved las tribus nómadas que la pueblan: sus individuos, macilentos y con el corazón carcomido por las enfermedades del alma, están postrados en el dintel de sus chozas de lino, regando con lágrimas la esponjosa hierba de las rocas: en sus luchas encarnizadas sepultan en las olas del océano mil hermanos exánimes.

Qué triste es esta vivir!

Aquí vereis levantarse un hospital de hombres combatidos por la enfermedad: allí una cárcel atestada de víctimas del crimen: mas allá una mansión que hospeda á una turba de seres de enajenada razón, y á su lado, para corona de males, una casa de espósitos en la que hormiguea una multitud de niños que no saben á quien han de llamar padre.

En la industria, una guerra entre las máquinas de hierro y las máquinas de carne; la indiferencia y el sarcasmo trabajando para el desprestigio de la fé y de la moral; los pueblos esperando vestidos de gala la hora de sepultar á los gobiernos;

y sobre todos estos horrores, las cúpulas de los alcázares reales, cómo las bóvedas de los templos de las leyes, temblando, amenazando á los pueblos sepultarles en sus ruinas el día de su caída.—Si: considerándolo de buena fé, hay razón para decir que el siglo XIX es un siglo desgraciado. ¿Como ha de salvarse?

Ved como se espresa Chateaubriand al hablar del remedio para el infortunio: «Han resuelto algunos sabios, que la lectura es el único medio de aliviar al desgraciado; para otros es el valor; para otros la virtud: pero todos no han hecho otra cosa que lo que el médico que dice á su enfermo, «mantengase usted bueno.» Sin embargo, el libro útil al que padece, la escuela de piedad, de tolerancia y de grata indulgencia, la fuente de una esperanza consoladora, el bálsamo capaz de cicatrizar las heridas del alma, son los santos Evangelios. Jesucristo consuela las desgracias, ¿como? enalteciendo sus lágrimas y bendiciéndolas: Él solo es digno de hablar al pobre, ¿porqué? porque Él se ha colocado á su lado, y tomando el cáliz de su propia amargura, le ha apurado hasta las heces.»

Solo cuando el mundo sea cristiano podrá decirse en verdad que se habrá salvado.

Decís que el siglo XIX es un siglo feliz, pero, donde está su felicidad? En su independencia? en su emancipación?, mas ay!... el hombre independiente es solo el hombre condenado á muerte: la sociedad emancipada no tiene, no puede tener ni patria, ni Dios. En una sociedad emancipada, todas las clases y gerarquias, los pobres y los ricos, todos pordiosean.

Deseais la emancipación, para de este modo conseguir la soberanía, el poder: señal evidente de que no os conoceis á vosotros mismos. Un moralista francés ha dicho que el rey, el soberano, era el primer desgraciado de un pueblo. Y en efecto, el pobre, es verdad, está cargado con una esposa y una familia miserables, pero cuando tiene un pedazo de pan para rehacer sus ago-

tadas fuerzas, es el hombre feliz de la creación. Nunca será dado á los reyes saciar completamente á todos sus hijos; pero el pobre ve á los suyos dormidos tranquilos sobre su velludo pecho: entonces, él se inclina también en paz en los brazos de su esposa llena de cariño: en la noche de los imperios jamás cesan los gemidos: el rey nunca descansa. Añadid á esto las violentas tempestades que circundan á los tronos y las caídas súbitas y funestas de los monarcas, y conoceréis cuan desacertadas van las muchedumbres deseando gobernar.

Y si os obstináis en creer que para los reyes no hay desgracias, venid, venid al campo de los sepulcros, asomaos á la región de la paz y de la igualdad, esforzad vuestra voz, y gritad:—yace aquí algun soberano que haya consumido su vida en la desgracia?

Una muchedumbre de voces os contestaran en variados idiomas:—si, yo fui soberano: en verdad lo digo, la desgracia fué el primer ministro de mi imperio.

Dionisio en Siracusa, Estanislao Leczinski en Polonia, Carlos en Baviera, y otro Carlos, señor de cinco vastas monarquias, confundirán sus plañidores ecos con los lamentos del último vencedor de la Europa arrojado á las desiertas rocas de Sta. Elena.

Napoleon, Dionisio, Estanislao y los dos Carlos, son una autorizada comisión que viene á aseguraros, en nombre de los innumerables mártires de sus propias grandezas, que las desgracias de los reyes no se distinguen de las vulgares, sino por la magnificencia de males de que vienen rodeadas.

Reflexione, pues, el pueblo lo que pide cuando clama por el triunfo de la democracia: pide el ser rey: pero ¿sabe lo que será el pueblo cuando sea rey? La experiencia se lo ha demostrado ya: un nuevo tirano semejante al de Siracusa, un penitente agitado por el destino y derribado por el imperio, un fugitivo condenado á divertir las masas de una nueva Corinto.

Quando las monarquias que él creyera sepultadas para siempre, logran remover la loza impuesta por su débil poder, entonces huiria como Dario ante Alejandro; Dario, caeria en los lazos tendidos por sus propios amigos: y aun cuando lograra traspasar las fronteras de un hospitalario Egipto, también allí le seguiria como una sombra la desgracia, también allí seria crucificado como el soberano Cleómenes.

El pueblo solo puede ser feliz obedeciendo y orando.

Si las bases de regeneración popular echadas por el Redentor hubieran sido adoptadas por la mayoría, el mundo estaria salvado; pero las mayorias lo han probado, todo menos el ser católicas. Los males que las afligen son completamente voluntarios, ¿de qué, pues, se quejan?

«Un hombre dispuso un día una cena espléndida, y convidó á mucha gente. A la hora de cenar envió un criado á decir á los convidados que todo estaba ya dispuesto. Y todos empezaron como de concierto á escusarse.»

«Y el primero le dijo: he comprado una granja y necesito salir á verla: ruégote me des por escusado.»

«Y el segundo he comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlos: dame te ruego por escusado.»

«Y el otro: acabo de casarme y así no puedo ir allá.»

Esta grande cena es el catolicismo: á ella están invitados todos los pueblos que desfallecen, para ser alimentados; pero ellos como concertados, responden, el uno: «yo he comprado una soberanía y hoy debo tomar posesion de ella: tenme por escusado.»

Y el otro: «yo he adquirido algunos preciosos inventos industriales, cabalmente hoy tengo que ir á hacer mis ensayos: en ellos tengo mis tesoros, en ellos mis satisfacciones: te ruego me escuses ante el catolicismo.»

Y otro le contesta: «hoy no puedo venir á participar del convite porque tengo que asistir á las bodas»